

Homilía de Sexto Domingo de Pascua

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“Paz a Vosotros.”

Introducción

“El Espíritu Santo que El Padre enviará en mi nombre les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho” (Jn. 14, 26). Este sexto domingo de Pascua, ya camino hacia Pentecostés, la liturgia nos recuerda la importancia de estar atentos al Espíritu. Un Espíritu que sostiene y anima nuestra fidelidad al Evangelio como proyecto de Cristo, como experiencia del Reino de Justicia y de Paz que Él nos propone vivir y hacer vida en lo cotidiano y en nuestras opciones.

Las lecturas nos hablan de la fidelidad, pero no de una fidelidad “hueca” o “irreflexiva” a dogmas, ritos o tradiciones; sino de ser fieles al mensaje del Evangelio, que permanentemente vuelve a encarnarse en la historia presente de cada persona, de cada pueblo, y de nuestra humanidad entera.



Carola Arrue y Andrés Peregalli
Laicos dominicos

Lecturas

Primera lectura

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 15, 1-2. 22-29

En aquellos días, unos que bajaron de Judea se pusieron a enseñar a los hermanos que, si no se circuncidaban conforme al uso de Moisés, no podían salvarse. Esto provocó un altercado y una violenta discusión con Pablo y Bernabé; y se decidió que Pablo, Bernabé y algunos más de entre ellos subieran a Jerusalén a consultar a los apóstoles y presbíteros sobre esta controversia. Entonces los apóstoles y los presbíteros con toda la Iglesia acordaron elegir a algunos de ellos para mandarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé. Eligieron a Judas llamado Barsabás y a Silas, miembros eminentes entre los hermanos, y enviaron por medio de ellos esta carta: «Los apóstoles y los presbíteros hermanos saludan a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia provenientes de la gentilidad. Habiéndonos enterado de que algunos de aquí, sin encargo nuestro, os han alborotado con sus palabras, desconcertando vuestros ánimos, hemos decidido, por unanimidad, elegir a algunos y enviároslos con nuestros queridos Bernabé y Pablo, hombres que han entregado su vida al nombre de nuestro Señor Jesucristo. Os mandamos, pues, a Silas y a Judas, que os referirán de palabra lo que sigue: Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables: que os abstengáis de carne sacrificada a los ídolos, de sangre, de animales estrangulados y de uniones ilegítimas. Haréis bien en apartaros de todo esto. Saludos».

Salmo

Salmo 66, 2-3. 5. 6 y 8 R/. Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben.

Que Dios tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros; conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación. R/. Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia, y gobiernas las naciones de la tierra. R/. Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. Que Dios nos bendiga; que le teman todos los confines de la tierra. R/.

Segunda lectura

Lectura del Libro del Apocalipsis 21, 10-14. 22-23

El ángel me llevó en espíritu a un monte grande y elevado, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, y tenía la gloria de Dios; su resplandor era semejante a una piedra muy preciosa, como piedra de jaspe cristalino. Tenía una muralla grande y elevada, tenía doce puertas y sobre las puertas doce ángeles y nombres grabados que son las doce tribus de Israel. Al oriente tres puertas, al norte tres puertas, al sur tres puertas, al poniente tres puertas, y la muralla de la ciudad tenía doce cimientos y sobre ellos los nombres de los doce apóstoles del Cordero. Y en ella no vi santuario, pues el Señor, Dios todopoderoso, es su santuario, y también el Cordero. Y la ciudad no necesita del sol ni de la luna que la alumbe, pues la gloria del Señor la ilumina, y su lámpara es el Cordero.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Juan 14, 23-29

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oido decir: "Me voy y vuelvo a vuestro lado". Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo, Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis».

Pautas para la homilía

“El Espíritu Santo y nosotros mismos hemos decidido no imponerles ninguna carga más que las indispensables” (Hch. 15, 28)

Las primeras comunidades cristianas se encontraron con grandes conflictos para resolver acerca de la vivencia de la fe: ¿Qué significaba ser cristianos? ¿A qué era necesario ser fieles? Esto generó fuertes disensos, tal como la Iglesia actual experimenta muchas veces frente a distintas realidades. Los años pasan, la historia y las realidades cambian, muchos temas difíciles se ponen constantemente en discusión: la homosexualidad, el celibato, la distribución de la riqueza, la justificación de las guerras, las violaciones a los derechos humanos... ¿A qué es necesario ser fieles para llamarnos cristianos?

Una de las grandes enseñanzas de aquellos primeras comunidades fue su posibilidad de apertura al conflicto, que será resuelto sin violencia ni imposiciones dogmáticas, invocando al Espíritu y buscando hacer carne la experiencia de Cristo. Sin tomar partido por ninguna de las posturas en debate (¿deben o no circuncidarse los cristianos?), los Apóstoles deciden señalar qué es lo “verdaderamente necesario”: el respeto a lo sagrado de la vida, sin imponerle cargas propias de un tiempo histórico y que, si no están en función de que esa vida crezca en su relación con el Señor y los hermanos, terminan aplastando lo que en ella hay de sagrado.

“No vi ningún templo en la ciudad, porque su templo es el Señor Todopoderoso y el Cordero (...) y su lámpara es el Cordero”. (Ap. 21, 22-23)

Lo propio del Espíritu es que siempre renueva, y en especial renueva siempre al Pueblo de Dios. El Apocalipsis nos lo presenta como una ciudad “con 12 puertas”, “con 12 cimientos”, que simbolizan a las tribus de Israel, a los Apóstoles... ¡Nuestros predecesores en la fe, y a la vez, qué formas diferentes de vivirla! Y un mismo Espíritu animando el camino de ese Pueblo de Dios al que renueva constantemente y en comunidad: lo importante, lo que queda, no son sus templos ni dogmas ni ritos, sino su experiencia de fe: su fidelidad a un Dios que llama, y luego a un Dios que se entrega y nos pide entrega... al Cordero, que es nuestra lámpara porque es su experiencia de vida libre y libremente entregada la que nos señala el camino como Pueblo de Dios.

Decía Pablo sexto: “Si el hombre contemporáneo escucha al que enseña es porque éste da testimonio”. Tampoco nuestros templos ni dogmas ni ritos serán mañana lo más importante que leguemos a los cristianos que nos sigan: será nuestra fidelidad al mensaje de Jesús. El Espíritu, animador de la comunidad cristiana, siempre la renueva para renovar su fidelidad al Evangelio.

“El Espíritu Santo que El Padre enviará en mi nombre les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho” (Jn. 14, 26)

Una bella canción del argentino Jorge Meana le confiesa al Espíritu Santo: “Si tu no vienes, olvidaremos el camino aconsejado por el Señor de las espinas y el calvario, si tu no vienes a recordarlo... Si tu no vienes nos faltarán las alas para la plegaria, olvidaremos el silencio y las palabras, si tu no vienes a recordarlo”... Jesús nos pide “ser fieles a su palabra”, ese es el mandato que nos deja, en la persona de sus apóstoles, a la comunidad cristiana. Parece una fidelidad a veces difícil de sostener... Sin embargo, Jesús nos ayuda en esa fidelidad que nos pide: “nos lo dice antes”, para que estemos atentos y expectantes, porque la historia prueba que sus palabras son ciertas.

Y además, envía al Espíritu, para que nos enseñe y recuerde constantemente esa palabra. Ser fieles a la palabra de Jesús no es repetir ritos, dogmas, tradiciones... Ser fieles a la palabra de Jesús es estar abiertos a su Espíritu, que nos renueva en la alegría, en la misericordia, en la audacia de la entrega.

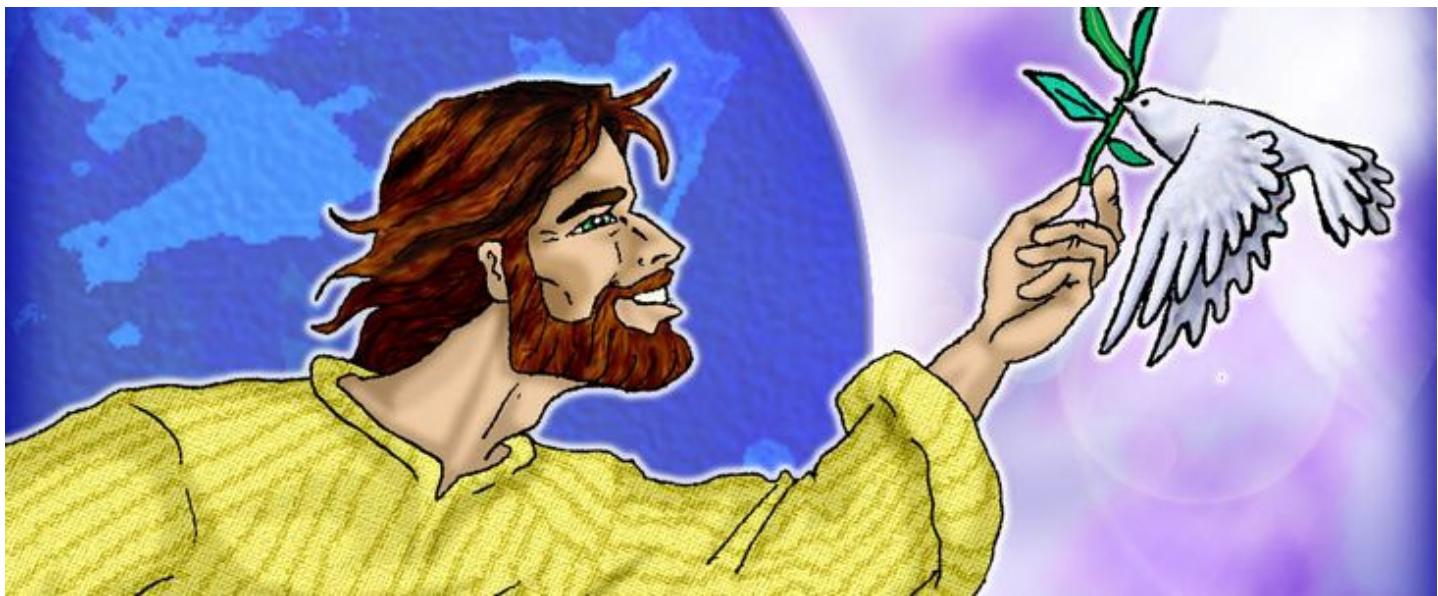
¡Ser fieles es amar como Jesús amó, con plena libertad, y teniendo claro que lo único sagrado es la centralidad de una experiencia humana que busca amar al Padre, a los Hermanos, a la Creación!



Carola Arrue y Andrés Peregalli
Laicos dominicos

Evangelio para niños

VI Domingo de Pascua - 9 de mayo de 2010



Anuncio del envío del Espíritu Santo

Juan 14, 23-29

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos; - El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guardará mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado ahora que estoy a vuestro lado; pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el padre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy: No os la doy como la da el mundo. Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: "Me voy y vuelvo a vuestro lado". Si me amarais os alegraríais de que me vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda sigáis creyendo.

Explicación

Si me amáis, dice Jesús a sus amigos, guardaréis mi Palabra, y mi Padre os amará. Y mi Padre y yo ocuparemos vuestro corazón, que será, también, nuestra casa, donde vivamos. Os dejo mi Paz. Os doy la Paz. Vivid en Paz.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Sexto Domingo de Pascua –C- (Jn 14,23-29)

Niño1: Maestro, ¿qué debemos hacer nosotros que te amamos?

Jesús: Guardad mi palabra.

Niño2: ¿Y eso por qué?

Jesús: Porque mi padre os amará y vendremos a vosotros y haremos morada dentro de vosotros.

Niño1: ¿Y si no guardamos tu palabra? ¿Qué te indicamos con eso?

Jesús: Que no me amáis.

Niño2: ¿No te parece que lo que dices es muy fuerte?

Jesús: La Palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió.

Niño1: Algunas veces cuesta entenderte, Maestro.

Jesús: No os preocupéis, mientras esté a vuestro lado os seguiré hablando. Y cuando yo no esté, será el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, el que os enseñe.

Niño2: ¿Y si se nos olvida lo que nos has dicho?

Jesús: Él también os lo recordará. Amigos, la paz os dejo, mi paz os doy.

Niño1. No será tu paz como la del mundo. Ya ves qué panorama.

Jesús: Estad tranquilos, pues mi paz no es como la del mundo.

Niño2: No podemos evitarlo, Jesús, tenemos miedo, estamos acobardados.

Jesús: ¿Por qué?

Niño1: Porque nos has dicho que te vas.

Jesús: Sí, pero volveré pronto a vuestro lado.

Niño2. Pero no será lo mismo, te queremos con nosotros. ¡Cómo no vamos a estar tristes si te vas!

Jesús: Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre. Porque el Padre es más que yo.

Niño1: ¿Y por qué nos dices eso ahora?

Jesús: Para que cuando suceda, sigáis creyendo.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández